

ni lo puedan quebrantar minándole ni por él trepando, y después las puertas del tal edificio guarnescámoslas de muy fuertes y durables tablas de cedro, para que de esta suerte esté bien guardada nuestra hermana.

Estas palabras parecen ser dichas burlando, como si dijese: Si por vía de guarda lo habemos de hacer, hagámosle un palacio fortísimo, que no baste nadie á entrar donde ella está; mas en fin dice: Todo esto no es menester; y la causa es por lo que añade: «Yo soy muro,» que es decir: Si yo no estuviera casada con tal esposo como el que tengo, tendríamos necesidad de tratar de sus negocios para la guarda de mi hermana; mas agora, estando yo tan amparada con la sombra de mi esposo, tan honrada con su nobleza y tan acatada por su causa, yo sola basto para hacer segura á mi hermana, no hay para qué tenella encerrada de esa manera, sino traella conmigo, junto á mí y abrazada á mis pechos, que no hay quien la ose ofender, porque no hay muro tan fuerte como yo, ni hay torres tan fuertes como mis pechos y la sombra de mi seno; y esta fortaleza tengo yo desde el tiempo que comencé á agradar á mi esposo y le parecí bien á sus ojos, y él comenzó á comunicarme su amistad. Esto es dicho siguiendo el parecer de algunos; mas á mi juicio, todo este lugar se puede entender de otra manera más llana y mejor, diciendo que la esposa, movida del natural cuidado del bien de su hermana, conforme á lo que dijimos acontece comunmente á una doncella cuando se ve casada y remediada, desea luégo el remedio de sus hermanas las demás. Así que, movida de esto, pregunta á su esposo la manera que tendrán, no en guardar ni encerrar á la pequeña hermana, sino en aderezalla y atavialla bien el día de las bodas y al tiempo de casalla, de manera que parezca bien; porque, como dicen, la pobrecilla, por la edad y por su propia composición, no tenía pechos y era menudilla y de no muy buena disposición. Á esto responde que el remedio será vencer la naturaleza con arte, y cubrir el defecto natural

con la gentileza y precio de los vestidos y arreos; como quien hermosea á un muro pintándole las almenas de plata, y aforrando una puerta con tablones y entabladuras de cedro por el mismo fin. Y diciendo y oyendo esto la esposa, viénesele á la memoria acordarse de sí y de su gentileza, y de la poca necesidad que tiene de semejantes artificios para agradar á su esposo; y agradándose consigo misma y saboreándose consigo misma de ello, dice: «Yo soy muro,» como si dijera: Dios loado, que yo no me ví en esa necesidad de buscar artificios y afeites postizos para agradar al mi amado; que yo sin ayuda de hermosura agena me soy el muro y las almenas y las torres de plata, y todo lo demás que dices. Por lo cual, como he dicho, se significa toda la hermosura advenediza y toda la gentileza añadida por arte. Prosigue:

«Una viña fué á Salomón en Bahalmón, entregó la viña á los guardas; cada uno trae por el fruto de ella mil monedas de plata; la viña mía que es mía delante de mí, mil para ti, Salomón, y doscientas para los que guardan sus frutos.» Después que las mujeres se hallan con buenos y honrados maridos, para la sustentación de su familia es necesario que entiendan en allegar y guardar la hacienda, y cuánto más honrada es y más ama á su marido, más cuenta tiene en esto, como parece claro en las parábolas ó los proverbios de Salomón. Y así, luégo que esta esposa se casa tan á su contento, comienza á tomar cuidado de la hacienda, y espera de haber gran provecho, porque ella tiene una muy buena viña, como arriba la oímos decir; y como agora está favorecida con su esposo, ella tendrá gran cuidado de la guardar hasta que se coja el fruto, y no habrá quien ose apartarla de guardar su viña, como de antes hacían sus hermanos; y así, guardándola ella, como persona á quien le duele, estará más entero el fruto de la viña y rentará más. Y para decir esto, usa de un argumento entre sí de esta manera: Salomón, el rey de Jerusalén, tiene una viña en aquel lugar que se llama Bahalmón, que

quiere decir señorío de muchos, como si dijésemos en el pago de muchas viñas; y esta viña arriéndala Salomón á unos hombres para que la labren y guarden y le traigan mil monedas de plata del valor cierto de aquel tiempo por el fruto de ella, y que ellos se ganen lo demás; y de aquí concluye la esposa que por fuerza la su viña habrá de rentar más que la de Salomón, porque la guarda ella, que es propia señora, y por la misma causa estaba mejor labrada que no la otra; y dice: Pues si la tuya, Salomón, te renta mil á ti, y los que la arriendan y guardan por lo menos la quinta parte, que son doscientos, ¿qué me rentará á mí la mía, de quien yo tendré tanto cuidado? Dicho esto, habla el esposo y dice:

«¡ Oh tú, que estás en los huertos, los compañeros te escuchan; haz que yo oiga tu voz! » La viña de la esposa no estaba muy lejos de los huertos, como podemos colegir de lo que ella en el capítulo antecedente decía, convidando á su amado al campo: « Levantarémonos de mañana, veremos las viñas y los huertos; » de manera que estando en los huertos, podría ver y guardar su viña: y como el esposo es pastor, conviéndole andar entre día con su ganado; y así, se ocupaba el uno con el pasto, y el otro con la guarda de las viñas y en aderezar también alguna cosa del huerto, y que esto competía á la esposa; mas como se amaban tanto, no quisieran estar apartados uno de otro. Demás de esto, suele acaecer que cuando dos están en gran conformidad de estrecho amor, nunca faltan envidiosos que les pese de ello, porque ellos no tienen semejantes amores, ó porque naturalmente son envidiosos del bien ageno, y cualesquiera señas ó cosas que ven pasar entre los buenos amantes les es enojoso y grave; y de esto, reciben gran gusto los que mucho se aman, porque no solamente con estas muestras hacen pesar á los émulos, mas acreciéntase también su amor, que parece que el atizar del contrario les enciende más el amoroso fuego de sus corazones.

Esto es lo que pasa en la letra presente, que el esposo

dice á su amada. Cuando tú estuvieres en los huertos guardando las viñas, é yo anduviere en el campo apacentando el ganado, canta alguna canción que pertenezca á nuestro amor, de manera que yo la oiga y me goce mucho, por ser tu voz que yo tanto amo, y los pastores que estuviesen escuchando revienten de envidia. La canción que la esposa dice para estos propósitos de mostrar el amor suyo y de su esposo, y de hacer rabiar á los émulos, es la que está luégo á la letra, que dice:

« Corre, amado mío, que parezcas á la cabra montés y al ciervecito sobre los montes de los olores. » Como si dijese: Esposo mío, amado mío, gran deseo tengo de verte; no estés sin venir á visitar á tu esposa, acude de cuando en cuando á verla, y cuando vinieres no estés en el camino, sino muestra el amor que me tienes, no sólo en visitarme á menudo, sino en venir más ligero que la cabra montés y más que el ciervecito que anda en los montes espesos, donde hay cedros, terebintos y otras plantas olorosas; porque bien sabes tú que corren con gran ligereza; no tardes; corre, amor mío verdadero, pues no puedo hallarme sin ti; con grande presteza acude á verme. Y podíase trobar esta canción en pocos versos, que dijese de esta manera:

Amado, pasarás los altos montes  
más presto que el cabrito  
de la cabra montés, y que el gamito.

Son tres piés de la canción de la esposa, con los que concluye Arias Montano la paráfrasis que hizo de los *Cantares*.

La virtud siempre fué y es envidiada de muchos, y para muchas gentes no hay dolor que más les llegue al alma que ver á otros que tratan de amar y ser amados de Dios; y si pudieran muy á costa suya el deshacer esta santa liga, y desterrar la piedad del mundo, y poner perpetuos bandos y disensión entre el divino Esposo y los hombres, y sacalle de entre los brazos, lo harían, y así lo intentan y

procuran cuánto en sí es. Para contra éstos le pide Dios la voz de su cantar y confesión, en que publique lo mucho que la quiere, que es un amargo y mortal tósigo para el gusto de sus envidiosos contrarios, los cuales son falsos y sembradores de la zizaña del demonio y sus bandoleros. Á esto obedece la esposa, y el cantar de que usa para el gozo del esposo y rabia de sus enemigos, es pedille que se apresure y que venga, que es una voz secreta que, aguzada por el entendimiento del Espíritu Santo, suena de continuo en los pechos y corazones de los ánimos justos y amadores de Cristo, como lo testificó san Juan en el *Apocalipsi*, capítulo último, diciendo: «El esposo y la esposa dicen: Ven, Señor.» Y poco después dice el mismo en persona suya, como uno de los más justos: «Ven presto, Señor, Jesús;» la cual voz y petición es una muestra de amor muy agradable y muy preciada de Dios; porque pedille que se apresure y venga, es pedille lo que se demanda en la oración que él nos enseñó: que santifique su nombre, que lo ponga todo debajo de su poder y sus leyes, que reine enteramente y perfectamente en nosotros, y que vuelva por sí y por su honra, y ponga fin á los desacatos de los rebeldes contra la majestad de su nombre; que dé su asiento á la virtud, y usando de riguroso castigo, ponga en la mala reputación que merecen á los vicios y á los viciosos; que todas ellas son cosas que, como dicen, le tañen y pertenecen, y tiene á su cargo de hacellas al tiempo que él sabe y tiene señalado, que es el del juicio universal, que con particular razón suele en la Escritura Sagrada llamalle día suyo, porque es propio día de su honra y gloria. Por donde el pedille que se acelere presto y que venga, á él le es por extremo agradable; y por el contrario, les es triste y aborrecible á sus enemigos; porque en descubrir ya Cristo su luz y resplandor enteramente por el juicio en el mundo, está el remate de todo su mando usurpado y tiranizado, y el principio de su abatimiento y mal perpetuo.

Pues este aceleramiento de la honra de Dios es el que

pide en esta letra la esposa, como perfecta ya en el amor suyo, y el que cada cual de nosotros, si somos miembros de Cristo y si nos cabe parte de su divino espíritu, debemos continuamente pedille que le plegue, aunque sea á costa de asolar las provincias y trocar los reinos, y poner á fuego y á sangre todo lo poblado, y de trastornar el mundo; poniendo sus más antiguas y firmes leyes, y allanando por el suelo los cerros y los montes, venir volando á deshacer las afrentas y baldones que cada día recibe su honra, y volver por su honor, á quien sola y propiamente se debe toda gloria por los siglos de los siglos. *Amen.*